

La batalla de Tudela

(23 de noviembre de 1808) (1)

Cuando Napoleón, en el ápice de su poderío, toma el **mando** del "Gran Ejército" (180.000 hombres de las mejores tropas europeas), y entra en España a vengar la derrota de Bailen y reponer a su mediocre hermano en el trono de la plaza de Oriente, dispuso un plan de ataque fulminante, digno de su genio guerrero.

La maniobra era típica en él: batir de frente a las fuerzas que se le opusieran en su avance sobre Madrid y, una vez destrozadas, revolverse contra los flancos, envolverlos y aniquilarlos, para que nadie, a sus espaldas, pueda frustrarle la victoria.

Este proyecto lo llevó a ejecución y de un modo más fácil que el previsto:

El 10 de noviembre, a la vista de las torres de Burgos, nuestro débil Ejército de Extremadura, es arrollado en la planicie de Gamonal.



Tres días después le toca el turno a nuestra izquierda y. tras de la sangrienta batalla de Espinosa de los Monteros, los restos del Ejército de Blake, huyen dispersos hacia los montes de Reinosa y León.

(1) Desde hace muchos años me tentaba la idea de escribir sobre esta batalla, la principal de las reñidas sobre suelo navarro por el número de combatientes (unos 80.000), por su resonancia histórica, y por su trascendencia militar, ya que ella decidió la suerte de Zaragoza y la de media España.

Aunque por el afán de amenidad haya dado al relato un tono literario, he procurado con todo empeño ajustar sus menores detalles a la más estricta realidad histórica.

Quedaba por aniquilar la derecha española, el Ejército de Castaños que llamaban del "Centro", y que unido al de Reserva de Palafox. ocupaban, el primero Calahorra y la derecha del Ebro hasta cerca de Lodosa, y el segundo la línea del Arga y confluencia del Aragón, frente a Falces, Peralta y Milagro, donde estaban situadas las fuerzas de Moncey (1).

Napoleón tenía un interés rabioso en asestar un golpe decisivo al héroe de Bailen, y de paso al caudillo de Zaragoza, dos nombres para él de pesadilla. Por esta causa y por temor a que nuestro Ejército hiciese estéril, su victoria apelando a la retirada, aparejó su plan de manera que no escapase del desastre ni un soldado español.

Para ello hace que Ney, al mando de 20.000 hombres, salga camino de Somosierra unido a Víctor y a las vanguardias de su Ejército que han de ocupar Madrid. Cuando Ney llega a Aranda (18 noviembre) le ordena que se desvíe hacia la izquierda y, pasando por Almazán y Soria, vaya a situarse a espaldas de Castaños "sin que éste se aperciba". Bastaba entonces que las tropas del Ebro empujasen violentamente al héroe de Bailen hacia Tudela, para cogerle entre dos fuegos (2).

(1) El Mariscal Ron Adriano Jeanot Moncey, Duque de Conegliano, mandaba en 1794 el Ejército de los Pirineos Occidentales que por orden de la Convención francesa. invadió Navarra por Ochagavía y otros puntos, ocupó Roncesvalles, amenazó a Pamplona y conquistó Tolosa y San Sebastián, campaña a la que puso fin la Paz de Basilea.

Moncey en Enero de 1808, penetró por segunda vez en España al mando de uno de aquellos Cuerpos de Ejército, apodados "de Observación", cuya presencia en nuestro suelo provocó el alzamiento del 2 de Mayo.

En los primeros meses de la guerra operó por la parte de Valencia, y a raíz del repliegue de los franceses tras el desastre de Bailen, estuvo en Tudela, juntamente con Lefebvre-Desnouettes y con Morlot. En la época a que se refiere este artículo tenía 58 años.

(2) Napoleón conocía mejor que nadie la importancia estratégica de Tudela. Se lo había enseñado a sus generales. Se lo había repetido a su hermano José en numerosas cartas.

Al remitir en 27 de agosto sus observaciones sobre los planes de conquista de España, exponía el Emperador: "Tudela es importantísima bajo varios puntos de vista. Tiene un puente sobre el Ebro que permite dominar Navarra y es el punto de interacción del Canal que va a Zaragoza. Deseo que se hagan atrincheramientos en Tudela, de forma que con un millar de hombres, con ocho cañones, estén a cubierto de toda insurrección. Sería imposible tomar Zaragoza sin estar posesionados de Tudela¹."

El 3 de septiembre, tras de la retirada de los franceses, le escribe al Príncipe de Neufchatel: "Es lamentable que el General Moncey no conservase Tudela, porque en caso de tener que reparar el Ebro, sería una magnífica posición defensiva".

Cuatro días más tarde, a su hermano José: "Supongo habréis dado orden de fortificar Tudela, estableciendo reductos en las alturas próximas. Lo contrario es desconocer la importancia de esta plaza... La evacuación de Tudela es una desdicha que ha fatigado al Ejército sin objeto. No sabéis lo que sufro con lo que pasa en España..."

Obsesionado con la misma idea, volvía a aconsejarle en otra comunicación que "ocupase Tudela de manera ofensiva con 15 ó 16000 hombres, de ellos tres cuartas partes en la orilla derecha y una cuarta parte en la orilla izquierda del Ebro".

Napoleón quiere cerrar esta tenaza sobre Tudela, con dos manos de hierro. Tiene fe ciega en Ney, el héroe de Elchingen, de Friedland y de Jena, el que en Guttсанд había hecho frente a 60.000 rusos con 15.000 franceses. Pero a última hora, no fiándose mucho de Moncey, mariscal viejo, irresoluto, que no tuvo el arranque de atacar a Castañón, confía el mando de las tropas del Ebro al enérgico Lannes.

Era Juan Lannes, Duque de Montebello, el Mariscal más joven de su Ejército y el prototipo de los generales de vanguardia. Treinta y nueve años y una larga carrera de triunfos. Herido varias veces, había combatido en Arcola y en Aboukir, en Egipto y Marengo. En el año de las victorias (1805) mandaba la vanguardia de la "Grand Armée". Peleó bajo el sol de Austerlitz y en la dura jornada de Jena. Hombre sincero y brusco, le cantaba verdades al mismo Emperador, el cual le tuvo siempre en la mayor estima. Guérin lo retrató, pálido y bello, con la rubia cabellera revuelta y los ojos profundos en cuyo duro brillo arde la fiebre del combate; un perfil de medalla y una boca delgada y breve de adolescente.

Cuando el 18 recibe en Burgos la orden de dirigirse hacia Tudela se encontraba recién repuesto de una caída de caballo, tan grave, que estuvo a punto de costarle la vida. "Apenas si podía tenerse sobre los estribos", consignan los historiadores.

Con el índice sobre el mapa, Napoleón le ha señalado las etapas de avance:

—El 21 a Lodosa; el 22 a Calahorra; el 22 a Tudela.

—¿Y Ney?

—Ney estará en su puesto. Que no escape ninguno, ¿lo oyes? Tienes que escarmentar a esa canalla.

(Así trataba el Corso a nuestro Ejército).

Cuando Lannes llega a Logroño el 20, da orden a Moncey de que sus tropas de la izquierda del Ebro pasen el río por Lodosa para juntarse a los refuerzos que él llevará (la división Lagrange, la artillería y dos brigadas de caballería).

Marbot refiere en sus "Memorias" que a Moncey, decano entre los mariscales, le contrarió profundamente verse puesto a las órdenes del más joven de todos. Pero... el Emperador lo había dicho; era forzoso obedecer. "Fué el primer caso de un Mariscal del Imperio mandando a otro Mariscal".

Una vez en Lodosa, el nuevo Jefe dedica la tarde del 21 a organizar sus fuerzas.



Reunió toda la Caballería bajo las órdenes del valiente Lefévre-Desnouettes, que conocía bien los montes y los campos de Tudela (1).

Formaban en ella los famosos lanceros polacos, considerados —dice Thiers— como "el terror de los españoles", y junto a coraceros y húsares provisionales, la temible caballería ligera del general Colbert y los viejos dragones, cien veces victoriosos, que el general Dijéon había ido a buscar al fondo de Alemania, donde estaban acantonados, para traerlos a la guerra española.

La Infantería la componían la División Lagrange, antigua de Bisson, que fué de Ney, y que se unió en Lodosa a las jóvenes tropas de Moncey: las Legiones del Vístula, y los 14.^o y 44.^o Regimientos de Línea, famosas unidades que habían combatido sobre la nieve ensangrentada de Eylau, en aquella batalla cuya feroz carnicería horrorizó a Napoleón.

El total de las fuerzas era de 30.000 infantes, 5.000 caballos y 60 cañones (2).

El 22 a la mañana. Lannes puso en el saco de sus soldados pan para cuatro días y dió la orden de partir.

Al lado de Lefévre, seguido de escuadrones de lanceros, se adelantó a galope a sus tropas en marcha. Los infantes, elevando sus gorros de pelo en la punta de sus bayonetas, aclamaban a aquel mariscal, joven y demacrado, en el que adivinaban el impetuoso genio de la guerra.

(1) El general de División Carlos Lefévre-Desnouettes había peleado en Marengo y en Austerlitz. Meses antes (el día 8 de junio) conquistó Tudela y, después de derrotar en Alagón a las fuerzas de Palafox, dirigió durante cierto tiempo el primer sitio de Zaragoza.

Cuando llegó a Tudela se alojó en casa de Apéregui, y le extrañó sobremanera que la dueña hablase el francés correctamente. En Tudela, por aquellos años, existía un foco de cultura entre la aristocracia enciclopedista de la "Sociedad de Amigos del País", alguno de cuyos miembros se **había** **car-**
teado con Voltaire.

(2) Thiers da la cifra de 24000 infantes, 2000 artilleros y 4000 de caballería. Muñoz Maldonado la eleva a 36000 fusiles y 6000 sables.

Napoleón supo lo que se hacía al elegir. Un Ejército de conscritos, al que Moncey no se atrevió a meter en fuego, conducido por Lannes iba a luchar fogosamente y a conseguir una victoria que con letras de bronce haría grabar Francia sobre el Arco del Triunfo (1).

Era el atardecer cuando llegaron a Calahorra. Allí se enteran del repliegue de nuestro Ejército, por lo que el Mariscal, aun a riesgo de cansar a su gente, alargó la jornada hasta Alfaro, donde pasó, nervioso e insomne, la noche víspera del combate.

Mientras el enemigo organizaba su ofensiva tan rápida y cautelosamente, nuestros Ejércitos del Ebro se encontraban en las peores condiciones para aspirar a la victoria. "Ni por su calidad, no por su fuerza podían competir —dice Toreno— con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo".

Esto en cuanto a las tropas (2). Por lo que hace a los jefes, entre Castaños y Palafox, había graves desavenencias; no lograban ponerse de acuerdo en las operaciones. Palafox, orgulloso por la defensa de Zaragoza, se creía tanto o más que su compañero.

Este había reclamado el mando único, que la Junta Suprema Central retardaba otorgarle. Para mayor desdicha, la Junta, días antes, imitando a la Convención, había puesto junto a él, un Representante con extensos poderes, que en este caso era Francisco Palafox, hermano del Capitán General de Aragón, "hombre estimable, pero de poco valer", y dos testigos de vista cuyo voto pesaba en las resoluciones de la guerra: a saber, el General Cou-

(1) Tudelano era quien, de vuelta de un viaje a París, mostrábase orgulloso de haber visto sobre el Arco del Triunfo el nombre de Tudela. "Ya ves —decía— hasta en París figura nuestro pueblo. Y con letras de bronce, bien gordas".

(2) "Gente allegadiza y mal armada... tuerzas o poco disciplinadas y menos aguerridas, o extenuadas por la fatiga y la miseria", dice de ellas el historiador Planell.

La falta de recursos con que atenderlas era tal en los pueblos que el Ayuntamiento de Tudela en sesión extraordinaria de 18 de noviembre de 1808 acordó se empeñase la campanilla de plata de su escribanía para socorrer a unos soldados? a quienes el ministro de hacienda no tenía nada que suministrar. (Libro de Actas Municipales).

Días antes de este apurada acuerdo, el general Castaños había dirigido a la ciudad la comunicación siguiente. cuyo original debo a la amabilidad del archivero tudelano don Francisco Fuentes:

Ha llegado a tal extremo la escasez de caudales y arbitrios para atender a la subsistencia del Exto. de mi mando, qe. es preciso apelar á recurso» extraordinarios, entre los quales se comprende la Petición hecha a V. SS. para qe. á las Brigadas de Artillería de la 1.^a División contrivuya esta Ciudad con ración de Carne y vino. No es esta una obligación de los Poblos; pero la necesidad la reclama de ellos, quienes ni deben reusarla, ni es justo se les imponga fuera de este preciso caso: Así, pues, espero del Patriotismo de V. SS. se serbirán tomar las providencias para el apronto de las indicadas raciones, cuyo subministro cesará en el momento que se reciban caudales con qe. la Rl. Hacienda pueda sufragarlo.

Dios guarde a V. SS. muchos años. Quartel General de Tudela de Navarra 6. de Noviembre de 1.808—Xavier de Castaños (rubricado). Sores del Ayuntamto. de la Ciudad de Tudela.

pigny, "extranjero, mal avenido con Castaños desde lo de Bailen", y el brigadier Conde de Montijo, "más inclinado a meter cizaña que a concertar ánimos (1).

A nadie se le oculta que este trío de personajes, había de coartar sus iniciativas y ocasionar tropiezos y embarazos.

Por otra parte el clamor popular le exigía, impaciente, una victoria; reclamaba un segundo Bailen sin darse cuenta de las circunstancias. Le tachaban de lento, de circunspecto, e incluso la palabra traición corrió en aquellos días deslizada de labios insensatos.

En la mañana del 21, mientras Moncey reunía en Lodosa sus efectivos esperando la llegada de Lannes, el general Castaños meditaba en su Cuartel de Cintruénigo, aquejado de dolores de gota y afligido por fatales presentimientos.

Don José Palafox. acababa de remitirle un plan de operaciones excesivamente optimista para copar a los franceses de la izquierda del Ebro (2). Se hallaba examinándolo en compañía de



Coupigny y del Representante de la Junta, cuando un jinete sudoroso, llegado de los montes de Soria, puso en sus manos una carta que le obligó a cambiar todos sus planes y adoptar las más graves resoluciones.

La carta es del Obispo de Burgo de Osma y encierra la alarmante confidencia de que la División Desolles (era una de las dos que llevó Ney) se encuentra en Almazán, e intenta, por lo que parece, avanzar hacia Agreda.

(1) Dice Alralá Galiano que D. Francisco Palafox era "sujeto de cortísimas luces y ninguna instrucción, falto de toda capacidad para el consejo o la pelea". Según el mismo autor Coupigny "no pasaba de ser un oficial muy mediano, aunque valiente".

(2) Don Fernando Butrón. Ayudante de Palafox. fue portador del plan de operaciones preparado por éste. El tal proyecto (coincidente en parte con otro que Castaños le envió el día 15) consistía en que las tropas del Ejército de Reserva que mandaban el Teniente General don Juan O'Neill y el Mariscal de campo don Felipe Saint March. partiendo de Caparrosa. atacasen, de noche y por sorpresa, las guarniciones enemigas de Peralta y de Falces (3.000 y 2.000 hombres respectivamente). Logrado esto, la División Caro del Ejército de Castaños que se hallaba antr el vado de Peralta, se uniría a las tropas de Palafox, el cual destacaría una columna contra los 2.000 franceses que guarnecían Milagro. Finalmente, mientras las divisiones de Castaños situadas en la derecha del Ebro, distraían al enemigo con un amago de ataque, el Ejército de Aragón, envolvería a los soldados de Moncey de la izquierda del río, "con lo que hubiesen sido derrotados y batidos en sus mismos Cuarteles".



D. Josef Palafox, duque de Zaragoza

(Dibujo de A. Guerrero)

Biblioteca Nacional

(Grabado de J. Carrafa)



Castaños

(Biblioteca Nacional)

Castaños, "el más sensato, el más inteligente de los generales españoles" en opinión del enemigo, se apercibe al instante de la artera maniobra con que Napoleón, no sólo trata de cortarle la retirada hacia Madrid o Calatayud, sino también de sorprenderle por su flanco y envolverle. Coinciden con éste los avisos, que tiene hace dos días, de que las tropas de Moncey se ponían en movimiento.

Con toda urgencia reúne Junta de Generales y les expone crudamente la situación. La amenaza de envolvimiento impedía seguir pensando en fantásticas ofensivas. Era llegada la hora de defenderse. El proyecto de Palafox podía haber sido oportuno días atrás. Ahora no queda otro recurso que elegir posiciones ventajosas en que esperar el doble ataque del adversario.

Breve ha sido la discusión. Castaños, coincidiendo con Coupigny, decide replegarse a la línea del Queiles, hacer girar su frente de batalla parejo al Ebro, hasta situarlo en perpendicular, apoyando la derecha en Tudela y la izquierda en las faldas del Moncayo, única forma de dar cara al temible flanqueo de Ney.

Pero Castaños no posee fuerzas bastantes para, cubrir un frente tan extenso: (cuatro leguas desde Tudela a Tarazona). Su Ejército del Centro, en lugar de los 75 a 80.000 soldados prometidos, sólo contaba en filas 26.000. Por otra parte, la batalla en el llano exigirá mucha caballería y el grueso de estas fuerzas lo tiene O'Neill en Caparroso y Villafranca.

Es mediodía cuando Castaños toma la pluma y se dirige a O'Neill. ¡Histórica misiva cuyas líneas reflejan la patética angustia del peligro!:

"Los momentos son preciosos... Recibo aviso de que la División Desolles (12.000 hombres) está en Burgo de Osma y 6.000 de ellos se encuentran hoy en Almazán... Tratan de envolvernos... Moncey, por otra parte, se mueve; viene a atacarnos. Tenemos, pues, que recibir al enemigo y batirlo. Pase el Ebro con su División y vaya a Tudela. Sin perder momento... Es urgentísimo... Yo voy a retirarme a la línea del Queiles. Espero que no habrá **falencia...**"

La carta, mezcla de imperativo y súplica, abunda en miramientos, como destinada a un Ejército que no depende de su autoridad. ¡Ironía de las coincidencias! Quien la firma no sabe que aquel día, quizás a aquellas mismas horas, muy lejos de Cintruénigo, en el Palacio de Aranjuez, acababa la Junta Suprema de

conferirle el mando en Jefe de las fuerzas de O'Neill y de Saint-March a las que ahora pide ayuda tan apremiantemente.

Se enterará del nombramiento días más tarde. Cuando ya **era** tarde.

(Un emisario ha partido a galope, ha atravesado el Ebro, las Bardenas adustas... A las cinco llegaba a Caparrosa).



Y a las cinco contesta O'Neill:

"Comprendo bien lo crítico de las circunstancias, pero mi Jefe natural es don José Palafox Melci, y éste me dice que conserve esta posición. No obstante estoy dispuesto a marchar, pero como me es imposible salir en noche obscura con más de 20.000 hombres, ahora mismo despacho un emisario a Zaragoza para que Palafox me diga a qué órdenes he de atenerme".

O'Neill, Palafox, Castaños. ¡He aquí tres voluntades distintas

que es preciso zurcir para acordar una medida urgente en momentos de supremo peligro!

Aquella noche las tropas del Ejército del Centro se retiraron, hostigadas, en la parte de Calahorra, por el francés.

En cuanto a las tropas aragonesas, el anuncio de retirada produjo en ellas tal contrariedad y excitación que solamente cuando O'Neill les explicó que del repliegue dependería la salvación de todo el Ejército y que la orden era de Castaños, se sosegaron (1).

El día 22 distribuyéronse las fuerzas a lo largo del nuevo frente: En Tarazona Grimarest al mando de tres divisiones (13 a 14.000 soldados en total), con la vanguardia destacada en la ruta de Agreda por donde el enemigo habrá de aparecer de un momento a otro.

(1) El día 20 Palafox había estado en Caparrosa tratando con O'Neill de atacar a los franceses. El día 21, hallándose Palafox en Tudela, le ordenó replegarse a esta ciudad antes de recibir la carta que aquél le había dirigido pidiéndole instrucciones. Cuando, horas más tarde la recibió, le confirmó la orden de retirada, orden que sentó pesimamente entre las tropas aragonesas las cuales llegaron a sospechar la traición de su jefe.

A legua y media de Tarazona. en Cascante, la cuarta División del general Lapeña: 8.000 hombres, andaluces en su mayoría, que habían asistido a la batalla de Bailen.

Castaños, que establece en Ablitas su Cuartel General, piensa cubrir el largo espacio desde Cascante al Ebro con su 5.^a División y con los refuerzos de O'Neill y Saint-March cuya llegada espera (1).

En efecto; a la caída de aquella tarde las unidades de Aragón comenzaron a concentrarse en las inmediaciones de Tudela, ante los olivares y los huertos de Traslapuente.

Mucha gente subió al cerro de Santa Bárbara, afanosa de presenciar su entrada.

Pero sucedió entonces algo imprevisto y que iba a resultar lamentable: que pasaban las horas, ¡horas de retraso fatal!, y que las tropas permanecían quietas, acampadas a la vista de la ciudad, como si tuviesen consigna (y la tenían) de no cruzar el puente.

Cuando el héroe de Bailén ve que cierra la noche sin que el Ejército de Reserva abandone tan extraña actitud, se exaspera, se encoleriza. Circula órdenes, cada vez más tajantes, a O'Neill. Todo en vano; éste se niega a franquear el Ebro mientras no se lo mande Palafox. Palafox, apremiado, calla, pero no otorga, y Castaños, en vista de ello, convoca aquella misma noche un Consejo de Guerra para que todos pongan en él las cartas boca arriba y carguen, los que deban, con la responsabilidad de la catástrofe.

Aquel Consejo, tristemente famoso, donde se trató nada menos que de la defensa del Reino, tuvo lugar en el Palacio del Marqués de San Adrián, alojamiento de Castaños. Allí acude don José Palafox, que había llegado el día anterior de Zaragoza. Allí estaban su hermano Francisco, el general Coupigny, y hasta un observador inglés, frío, de hueco nombre: el coronel Sir Thomas Graham.

No habrá habido Consejo de Guerra donde las opiniones estuviesen más encontradas y donde la disputa adquiriese tonos más agrios. "En aquella noche fatal —dice un historiador— hubo juntas, hubo choques, y hubo todo menos una providencia capaz de salvar los Ejércitos".

(1) Sus fuerzas, si se juntaban a las de Aragón (17.000 infantes y 1.100 caballos), escasamente ascendían a 41.000 hombres, entre ellos 3.700 de caballería.

Castaños, repartió estos efectivos con miras a hacer frente a dos Ejércitos franceses: el de Lannes y el de Ney, cuyas tropas sumaban reunidas 55.000 soldados.

Palafox era opuesto al establecimiento de la línea del Queiles. Le contrariaba que su fantástico plan de ataque, remitido el día anterior, no se hubiese llevado a efecto.

Castaños, apoyado por Coupigny. que, como dije, no eran muy amigos, le hacía ver lo aventurado del proyecto.

—Pero ¿por qué? —decía Palafox.

—Sencillamente; porque no disponemos de suficientes fuerzas para vencer al enemigo.

Palafox (duros ojos brillantes, palidez que acentuaba la negrura de las patillas) objetaba:

—¿Ah. no? Pues si no teníamos fuerzas para vencerle en la izquierda del Ebro. mucho menos podremos vencerle, aunque sea juntos, en esta línea, tan extensa que por fuerza ha de resultar débil en cualesquiera de sus puntos.

Castaños y Coupigny se defendían:

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? Si Ney viene a envolvernos por el flanco, tenemos que esperarle en el Moncayo. Forzosamente. Pero no es esta hora de discutir, sino de obrar con toda urgencia. Y lo que ahora urge es que sus tropas pasen el puente y vengan a cubrir la derecha de nuestra línea.

—¿Pasar el puente para defendernos en esta margen? ¿Y por qué? Aquí lo interesante —sostenían los dos hermanos— es la defensa de Aragón. De ella depende la de toda España, y la defensa de Aragón puede atenderse desde la orilla izquierda.

Castaños, más sensato, les arguía:

—Lo que tenemos que atender, no es a Aragón exclusivamente, sino a toda España, y lo que ahora interesa es no estar divididos, sino juntos, y una vez juntos, decidir un plan.

—¿Pero qué plan?

—El que nos dicten las circunstancias. En último extremo, antes que encerrarnos en Aragón, región difícilmente socorrida, donde pueden aislarnos, sería preferible replegarse hacia el interior, hacia las Andalucías, donde podremos encontrar recursos y es más fácil que nos lleguen refuerzos de las Américas y de los ingleses.

Palafox no quiere oír hablar de retiradas. El quería atacar a todo trance, y tachaba a Castaños de irresoluto porque, con más prudencia, prefería evitar grandes encuentros con un contrario superior en potencia. El mismo Conde de Montijo había coinci-

dido, días antes, en la necesidad de arrimarse al interior si el francés presentaba batalla.

Así seguían, muy ajenos a que Lannes estuviese a tres leguas de Tudela, cuando, al filo de la media noche, reciben los primeros avisos de que el Ejército francés, dueño ya de Corella y Cintruénigo, se descubría por la parte de Alfaro. La noticia cae y estalla como una bomba entre los reunidos. Enseguida cundió por la ciudad y aquélla noche, en el decir de los testigos, fue de constante alarma.

Sin embargo, ni la inminencia del peligro, hasta entonces no vista, fué suficiente para poner de acuerdo a nuestros generales. Castaños exigía:

—Que O'Neill pase el Ebro. ¡inmediatamente! El enemigo viene hacia nosotros.

Palafox, terco, se aferraba en sus trece.

Fue entonces cuando el héroe de Bailen que, al decir de sus íntimos, era "de condición mansa", perdió su aplomo. Su recio rostro de campesino se descompuso y, exasperado, golpeaba la mesa con recios puñetazos que hacían retemblar los velones.

Llegó la hora de los reproches mutuos, de los insultos:

—La actitud de su Ejército —le decía Castaños a Palafox tendré que interpretarla como una cobardía.

—La miedosa, la cobarde actitud es la de usted y la de su gente, —retrucaba el aragonés.

Uno y otro se apostrofaban con los epítetos más crudos, llegando en el rencor de la polémica a denigrar el valor mismo de sus tropas. "Espectáculo bochornoso", dice un historiador no atreviéndose a detallar la escena.

Palafox tiene vivo el orgullo de una defensa heroica que sobrepone a los laureles de su contradictor. Resiste doblegarse. Al final, apretado por todos, retorciendo su voluntad con un dolor



que no podrá arrancarse en mucho tiempo, cede. Ordena que sus fuerzas pasen el río. Pero inmediatamente exige:

—Que cada cual declare por escrito su opinión.

—Conformes, dicen todos.

Sin embargo, nada se resolvió sobre esto (1).

A la pálida luz del amanecer empezaron a cruzar el puente las fuerzas del Ejército de Reserva. Aragoneses en su mayoría, con algunos voluntarios navarros. Mucha caballería, cuyos cascos sonaban contra la pasarela de tablones del último arco, volado hacía meses. Infantes que habían derrochado heroísmo en el sitio de Zaragoza, en el Portillo, en Santa Engracia, en la Puerta del Carmen. Tropa pardusca, vestida y equipada a la buena de Dios, con más ardor que disciplina y más aspecto de pueblo en armas que de Ejército regular.

(Semanas antes, el Coronel de uno de aquellos batallones, se quejaba de que su gente sólo tenía camisa y calzoncillos y de que los fusiles eran inservibles).

Si aquellos hombres entran a Tudela en la tarde anterior, el desarrollo de la lucha habría sido muy distinto. Se hubiera puesto en condiciones de defensa el cabezo de Santa Bárbara, las entradas de la ciudad. Se hubieran ocupado las alturas de la margen derecha del Queiles. Nada de esto se hizo.

Para mayor desdicha, la llegada de tantos miles de hombres, de noche aún, y a una ciudad llena de tropas (2). fué desastrosa. Los hombres, los caballos, los carruajes que pasaban el puente obstruyeron las estrechas callejas tudelanas (3). Por esta causa los soldados aragoneses iban a entrar en línea tardíamente, mal v a costa de demasiadas vidas.

A la hora en que el Ejército de Reserva pasaba el puente y nuestros generales se enzarzaban en odiosas disputas, Lannes, que ha movido su Ejército a las tres de la madrugada,

(1) Planell culpa de lo ocurrido en este Consejo de Guerra a D. Francisco Palafox. Representante de la Junta Suprema, "que debió poner de acuerdo a los disidentes o hacer valer su autoridad para, lograr la defensa".

(2) En Tudela se encontraban las fuerzas de la 5.^a División de Castaños que habiendo bajado de Caparrosa con las de O'Neill y Saint-March, cruzaron el puente en la tarde del 22.

La citada división, compuesta de valencianos y murcianos, estaba al mando del general don Pedro Roca.

(3) Ya a finales del siglo XVI, el capitán de arqueros que acompañó en su viaje a Tarazona a Felipe II, al pasar por Tudela advierte que sus calles eran "muy angustas y estrechas".

Enrique Cock: "Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592" (Madrid 1879).

cabalga por los montes de Cierzo, ávido de pelea, "deseando adelantarse a sus tropas y reconocer las posiciones donde el enemigo pueda esperarle".

Va a su lado Lefébvre y con ellos los lanceros polacos cuyos cascots relucen a la luz de la luna. El viento frío del amanecer agita los penachos de crin y flamea en los rojos gallardetes de las lanzas enhiestas.

Detrás de ellos, el confuso rumor y la negruzca masa movible de las divisiones Maurice-Mathieu. Musnier y Grandjean. Muy lejos de ellas, por la parte de la meseta más próxima al Moncayo, avanzan las Divisiones de Morlot y Lagrange y la Caballería de Colbert que han pasado la noche en Corella. Se aproximan a la hondura del valle y les extraña comprobar que el enemigo no aparece por parte alguna.

Así ocurría por desgracia. "En Tudela —dice un informe nuestro— no había un Cuerpo avanzado, ni una sola centinela". A lo que añade un historiador: "Se sabía con certeza la aproximación del enemigo y no se tomó ninguna providencia, ni para dar ni para evitar la batalla (1).

Tremenda imprevisión que iba a ponernos en un trance patético.

Aun no habían cruzado el Ebro todas las tropas aragonesas; todavía las calles de los Caldereros, del Portal y la Rúa, estaban llenas de carruajes, de cañones y bestias, cuando vino a sorprender a todos el estruendo de la fusilería. Las primeras descubiertas de la caballería enemiga estaban en las puertas de la ciudad, quizás en las primeras calles. El francés, en un golpe de audacia, ponía fin a la última disputa de nuestro Mando (¿resistir?, ¿retirarse?) haciendo realidad una famosa fábula de Iriarte.

A toda prisa fué preciso adoptar disposiciones defensivas. "Eran las siete de la mañana —dice un testigo— cuando los primeros soldados franceses aparecían dueños del Castillo" (2). Según Yanguas fué a las ocho cuando se tuvo en la ciudad el primer

(1) Muñiz Maldonado: "Historia política y militar de la guerra de la Independencia". Tomo 2.^o. (Madrid 1833)

(2) En 1808, sobre las ruinas del famoso castillo de Sancho el Fuerte, se levantaba una ermita del siglo XVII, dedicada a Santa Bárbara, en la que meses antes, Lefébvre había realizado obras de fortificación. El Castillo y el monte o cerro de Santa Bárbara son pues, una misma cosa.

aviso de la vecindad de los franceses y de los preparativos de la lucha.

Por orden de Castaños, las tropas de la 5.^a División escalan la vertiente del Cabezo que mira a la ciudad. Otros corren por las callejas, a cubrir las entradas por donde el enemigo pueda colarse, a tomar posiciones en la orilla del Queiles antes que la lucha se generalice.

En el interior de Tudela la situación presentaba caracteres trágicos. Por tercera vez en el espacio de cinco meses la población civil evacuaba precipitadamente sus hogares sin saber dónde dirigirse. Monjas y religiosos huían de sus claustros, temiendo los desmanes del invasor. Mezclábanse paisanos con soldados, batallones con batallones. El crepitar de las descargas próximas se juntaba al redoble de los tambores y a las voces de mando enronquecidas:

¡Atrás!... ¡A formar!... ¡Por aquí!... ¡Dejad paso a la caballería!

. El propio general Castaños se vió envuelto en el atroz desbarajuste de las callejas: "Nos costó mucho trabajo poder salir de la ciudad a caballo" —consigna en un Informe—. Y añade este detalle que retrata, mejor que ningún otro, la gravedad de aquella hora:

"Francisco Palafox quiso salir con su Ayudante por la calleja que le pareció más corta para descubrir al enemigo y se encontró de manos a boca con una patrulla de Dragones franceses, al revolver la última esquina, por lo que tuvo que volver grupas muy aprisa".

¡El Representante del Gobierno que, en un rasgo de valentía, está a punto de caer prisionero de los franceses!

Quiso la suerte que se tratara, no de un ataque organizado, sino de audaz escaramuza de las avanzadillas enemigas que osaron penetrar en las primeras bocacalles (1), ignorantes de que la población hervía, a aquella hora, de soldadesca.

Gracias a esto, y a que en algunos jefes no faltó la serenidad, se logró dominar el apuro y comenzaron a formarse algunos batallones y a destacar partidas de guerrilla que rechazaron a los imperiales.

(1) Las calles a las que los jinetes franceses asomaron debieron de ser las de Mediavilla, Moro» y las que dan a la vertiente del Castillo.

"El Ejército de Reserva —dirá un testigo— empezó la acción dentro de las calles de la ciudad".

Los levantinos de la División Roca, acometiendo bravamente a la bayoneta, consiguieron desalojar a las patrullas enemigas de la cumbre de Santa Bárbara.

Una vez dueños del cabezo pelado y ocre que domina Tudela, los batallones Caro y Pinohermoso, desplegaron por las faldas del mismo, tomando posiciones en los cerros cercanos, frente a la meseta denominada Puntal del Cristo, donde ya para entonces, se descubría el grueso de las fuerzas de Maurice-Mathieu.

Mientras tanto, los voluntarios de la División Saint-March se disponían a ocupar las alturas de la vega del Queiles (monte de San Julián —hoy cementerio— y altura de Santa Quiteria), y O'Neill con la mayor parte de los aragoneses trataba de organizar sus tropas a espaldas de la ciudad, sobre la carretera de Zaragoza, en espera de las órdenes de Castaños "en quien parece resignaron el mando en este momento supremo".

Entre las ocho y las nueve se sucedieron en Tudela la sorpresa y la reacción. La sorpresa fué audaz, la confusión atroz, pero la reacción fué rabiosa y enérgica, aún hecha en las peores condiciones.

A este frustrado golpe del enemigo, siguió una tregua de relativa calma, uno de esos fatídicos paréntesis que preceden en las grandes batallas a los choques sangrientos.

Fué al cabo de esta tregua (no antes, como en honor de Lannes han dicho los cronistas franceses) cuando el Mariscal galo concibió el plan de la batalla, que ejecutó, no de una vez, sino a lo largo de la mañana, en vista de sus observaciones sobre el campo español, y en vista sobre todo, de nuestros fallos, que fueron muchos y garrafales.

Su acierto estriba —a mi modo de ver— en haberse desentendido de los de Tarazona. y en haber concentrado su ofensiva sobre un solo sector del vasto frente: el sector de Tudela a Cascante, el más vital y el más desguarnecido.

Las primeras decisiones de Lannes se enderezaron a estos objetivos: atacar reciamente nuestra extrema derecha (Tudela); reconocer y profundizar el centro (montes de la orilla del Queiles hasta Urzante) para lo cual dejó en reserva, las divisiones Morlot, y Grandjean, y tercero: lanzar la masa de su caballería contra

los de Cascante para evitar que el General Lapeña corriese hacia Tudela sus líneas y para dar tiempo a que llegara la División Lorange que pensaba enfrentar a los andaluces.

Los ordenanzas han partido a galope en todas direcciones.

El Marical, desde los montes de Canraso, clava su catalejo en las lomas que cierran el valle.

Y aquí empieza la famosa batalla de Tudela, cuya tónica fue la angustia del no poder llegar a tiempo: triste batalla que comenzó a las nueve, se generalizó a las diez y había de tener un desenlace rápido y funesto a las tres de la tarde.



Contra los que ocupaban las alturas delante del Castillo de Tudela, dirigió Lannes la división Maurice-Mathieu, recién llegada de Francia, y una de las más fuertes y mejor mandadas de los ejércitos del Emperador, dejando en

reserva la de Musnier que se había establecido en la meseta denominada Puntal del Cristo (1).

Conforme a tales órdenes los generales Maurice-Mathieu y Habert formaron en columna de ataque y acometieron a los nuestros precedidos de un Batallón de Tiradores. Mathieu iba a la cabeza de un Regimiento del Vístula, y Habert al frente del 14.º de línea. Eran éstos dos viejos regimientos que habían combatido en Eylau, "para los cuales —como dice Thiers— las batallas contra los españoles no suponían cosa espantable". Lannes les había encargado ahorrar cartuchos, abstenerse de disparar a locas contra un enemigo superior en número y ventajosamente situado.

El choque sobrevino poco después de las nueve de la mañana y fué muy duro y enconado. Tuvo lugar en los tres cerros de las

(1) Lannes, sin esperar la llegada de todas sus tropas, resolvió atacar primeramente el cerro de Santa Bárbara "ya por lo fuerte de este punto, cuya pérdida dejaba descubierto este flanco, ya porque, seguro el general francés de arrollar nuestro Ejército, pretendiese destruirlo del todo sucesivamente, y desalojándolo desde luego de esta posición, tendiese a privarlo de un apoyo en que pudiera prolongar su defensa. De otro modo, nuestra lado más vulnerable, era la izquierda" (Planell).

estribaciones de Canraso que se extienden frente a Tudela (1).

Nuestros soldados, porfiados en un principio, empezaron a vacilar ante lo recio del ataque, obligando a Castaños a reforzar el Castillo con aragoneses de los que acababan de pasar el puente.

La llegada de éstos fué bien pronto advertida por el enemigo. "Los aragoneses —escribe Thiers— más bravos y entusiastas que el resto de la nación, comprometidos por anteriores demostraciones, estaban obligados a mantenerse y a luchar con encarnizamiento". Y añade: "Tras de haber empleado muy bien su artillería contra los franceses, les disputaron, una a una, las alturas, matándoles un elevado número de hombres".

Al cabo de una hora de intenso fuego, los batallones Caro y Pinohermoso, muy diezmados, se replegaron, despacio y ordenadamente, al abrigo del resto de la División que ocupaba la cumbre del Castillo. Los que los perseguían fueron recibidos desde ésta con fuego de fusil y con el de dos piezas de artillería, y desistieron de su intento, escarmentados.

En esta acción y en las que se siguieron por esta parte a lo largo del día participó activa y valerosamente la mujer tudelana. "Viéronse muchas de ellas ayudar a nuestros soldados animándolos a la defensa; otras, ya que no otra cosa podían hacer, les subieron cántaros de agua desde el Ebro para mitigar la sed que les devoraba, y todo entre las mismas filas y allí donde se oía el silbido de las balas y peligraban sus vidas".

Esto consigna Yanguas y Miranda en honor de aquellas animosas canéforas que desde el Henchidor de junto al puente trepaban, con su cántaro a la cabeza, hasta lo alto del Castillo, sin miedo de morir.

Entretanto los defensores del cabezo de Santa Bárbara rechazaban las acometidas de la División Maurice-Mathieu. el grueso de las fuerzas de Lannes, descendiendo de los Montes de Cierzo por la Cerrada y el Pilar de Santo Domingo, se disponía a atacar el centro de los españoles, mientras su artillería cambiaba algunos disparos con la nuestra, emplazada en las faldas de Santa Quiteria.

Ya para entonces la caballería de Dijeón acosaba a Lapeña cuyas fuerzas cubrían la ciudad de Cascante desde el alto de la

(1) Desde el llamado De la Coloquera, sito ante la actual fábrica de Cerámica Jiménez, hasta el de Plana Orabia enclavado frente al de Santa Bárbara y sobre la Mejana.

Basílica del Romero hasta el Convento de la Victoria, lugares ambos donde emplazó su artillería (18 piezas), mientras que sus jinetes se haílaban desplegados por las huertas de las inmediaciones.

El general de los andaluces se había puesto en alarma a las ocho. A esta hora una partida de caballería enemiga se presentó en el Prado de la ciudad, por el lado del Aspra; pero, reconocida por los dragones de Pavía, se retiró.

Seguidamente Lapeña puso en movimiento su División, pues desde primera hora Castaños le dió orden de maniobrar para cubrir el hueco entre Cascante y las alturas de la orilla del Queiles que las tropas aragonesas no habían ocupado, debido a lo tardío de su entrada en Tudela y a la sorpresa del francés.

Lapeña, creyendo tener ante sí más enemigo del que tenía, estuvo muy remiso en avanzar y sólo consiguió destacara Urzante dos batallones y un destacamento de Granaderos provinciales. Más tarde, apoyado por dos piezas de artillería que llevaron éstos consigo, adelantó un batallón hacia las planas de Murchante para hacer frente a la caballería de Dijéon que acosaba por este lado.

Quedaba, pues, sin ocupar Murchante y quedaba, sobretodo, una brecha terrible entre Urzante y los montes de Tudela, vacía totalmente de defensores. Con ojo de águila la vió Lannes, que acababa de descender al valle con su Estado Mayor, y lanzó contra ella la División Morlot (recién llegada al lugar del combate) apoyada por la de Grandjean (1).

Las "jóvenes y ardientes" tropas de Morlot, dificultadas

en su avance por los obstáculos del terreno, lleno de acequias y



(1) Esta división y la caballería de Lefévre se desviaron del camino viejo de Alfaro para juntarse en las estribaciones de Monte de Cerzo (junto al Pilar de Santo Domingo) con la división Morlot que llegó por la carretera de Corella.

olivares (1), y tras de algunos amagos infructuosos, consiguieron reunirse al abrigo del espeso olivar de Cardete, y desde él se lanzaron a la altura de Cabezo Malla, monte grande y rojizo, el más alto de los que ondulan a la orilla derecha del Queiles.

Al mismo tiempo que los franceses coronaban la estratégica altura, la División Saint March llegaba al monte de Santa Quiteria.

Era cerca del mediodía. Se nos habían adelantado.

Castaños se da cuenta del peligro terrible. La ocupación por Morlot de Cabezo Malla supone el corte de nuestra línea, la derrota. Urge arrojarle a toda costa de tan preciosa posición, y para ello nuestro general echa mano de la División O'Neill que, como ya se ha dicho, permanecía esperando órdenes en las afueras de Tudela, sobre la carretera de Zaragoza.

Precipitadamente O'Neill mueve sus batallones y atravesando Huerta Mayor, se dirige a Cabezo Malla.

¡A prisa!; ¡A toda prisa!, —es la consigna que le han dado.

Las tropas llegan, jadeantes, a las estribaciones del cabezo. El enemigo las esperaba a la mitad de la ladera que desciende a Huerta Mayor.

Fué entonces cuando O'Neill ensaya una maniobra táctica, la única que se llevó a efecto aquel día. Mientras parte de sus soldados acometen con brío la subida de frente, dirige por la izquierda al tercer Batallón de Guardias Españolas para coger al enemigo por la espalda. Esta vieja unidad cargó tan impetuosamente a la bayoneta que las noveles tropas de Morlot, amagadas de envolvimiento cedieron atropelladamente dejando el monte lleno de heridos.

En lo más recio de la lucha, Saint March había secundado muy oportunamente la operación enviando desde Santa Quiteria dos de sus batallones (los Castilla y Segorbe), los cuales, en unión de las tropas de O'Neill, persiguieron a los franceses por el llano del Queiles rechazándolos hasta la punta del olivar de Cardete, donde mayores fuerzas contuvieron el ardor de los vencedores.

Toreno fija en las tres de la tarde la hora de este glorioso encuentro. Tuvo que ser bastante antes, entre la una y las dos.

La tropa que recuperó Cabezo Malla a costa de valor y de

(1) En 1808 el Talle del Queiles estaba muy cubierto de olivares, a diferencia de lo que hoy se adviene. Su desaparición fue ya notada en 1850 por don Alejandro Planell que levantó sobre el terreno el plano de la batalla.

sangre se encontraba rendida por la rápida marcha desde Tudela y llevaba —dicen sus jefes— la impresión desmoralizadora de la sorpresa y el desorden dentro de la ciudad.

De poco había servido su bravura. Desde su posición hasta las arboledas del poblado de Urzante donde se columbraban las avanzadillas andaluzas, hay más de media legua. El alto de San Juan de Calchetas y el pueblo de Murchante no estaban ocupados.

Grave error, el mayor error, del que muy pronto habrá de aprovecharse el enemigo.

Si el Ejército de Cascante acude a tiempo a rellenar aquel vacío, hubiérase logrado prolongar el combate, hacerle pagar caro su victoria al francés y efectuar, en el peor de los supuestos, una retirada decente.

Nada de esto se pudo conseguir. Todos los esfuerzos de Castaños se dirigen, en balde, a tratar de soldar nuestra línea. Todas sus órdenes de las primeras horas de la tarde van dirigidas a Lapeña. Pero éste no consigue desenredarse de los caballos enemigos, de los viejos dragones de Alemania, de los veloces coraceros que le amagan sin exponerse. (Apenas tuvo bajas la caballería francesa). No se da cuenta de que solo se trata de tenerlo en jaque, de inmovilizarlo. Y no se atreve a maniobrar con el grueso de sus unidades.

El confía en que Grimarest, al advertir por el tronar de los cañones dónde se localiza la pelea, se decida a volar en su auxilio desde Tarazona. Grimarest, sin embargo, no da señales de movimiento, y Lapeña abriga el temor de que si corre a rellenar el hueco a su derecha abra otro muy profundo a su izquierda.

Para nuestra desgracia hay un hombre a quien no se le escapan nuestros fallos. Es Lannes que da por suya la partida y ve llegada la hora del golpe decisivo.

Lo que más le interesa por el momento es tomar el Castillo para ocupar Tudela y aquél puente, llave de Zaragoza, que tanto le ha ponderado Napoleón. A esto van dirigidas sus miras y sus órdenes.

Pero a la vez, tiene que aprovechar la brecha que se acusa en nuestra línea, antes de que andaluces y aragoneses acudan a llenarla. Por eso da a Morlot la consigna implacable de que ataque de nuevo, y a Musnier la de que entretenga a los de Lapeña, mientras llega Lagrange el rezagado.

Pronto se nota la orden del Mariscal. Los franceses, a la vista de nuestras tropas, ocupan el alto de San Juan de Calchetas y llegan en su acometida hasta cerca, muy cerca de Urzante.

Nuestra línea está rota de nuevo. Son las dos de la tarde.

Si a esta hora dirigimos la vista hacia Tudela, asistiremos a un desenlace de la lucha tan imprevisto como desastroso.

Maurice-Mathieu, apretado por las órdenes de su Mariscal, viendo que desde hace cuatro horas no consigue con asaltos frontales desalojar a los del alto de Santa Bárbara, ha concebido una atrevida estratagema.

Mientras el grueso de sus tropas ataca la vertiente del cabezo que mira a Alfaro, destaca parte de sus fuerzas por el barranco del Cristo para que envuelvan a los de la cumbre. Estas fuerzas avanzan sigilosas y desapercibidas (otro fatal descuido nuestro) por la falda norte del monte, por el camino angosto que desde El Cristo corre, entre la alta escarpa y el cauce de la acequia molinar, al par de la Mejana.

Cuando menos se lo esperaban, los de la cumbre viéronse amenazados por los que, a tiros y en gritería, trepaban por la ladera del Molino donde hoy se encuentra el jardinillo de la Junta de Aguas.

Entonces se produjo en nuestras filas una de esas reacciones del pánico, tan difíciles de evitar. Aquel súbito ataque por la espalda hizo que huyeran todos en el mayor desorden y penetrando en la ciudad la contagiaron de pavor, arrastrando en su fuga las unidades de reserva que había prevenidas.

Faltó allí Palafox, único hombre capaz de contener aquella loca desbandada. Pero el caudillo aragonés, irritado contra Castaños, viendo perdida la batalla, abandonó Tudela en las primeras horas de la lucha en las calles. Acompañado de su amigo Doyle marchó al Bocal, y **allí** tomó una barca que por el Canal de Aragón le llevó a Zaragoza. Su obsesión era defenderse en la capital aragonesa, como si presintiese que le aguardaba allí la gloria que en Tudela no podría encontrar.

Volviendo al centro de nuestro frente, el nuevo avance del enemigo, colocaba al Ejército aragonés de Cabezo Malla ante el peligro de ser envuelto por los del cerro de Calchetas.

¡Si los de Cascante se resolviesen a atacar! Todavía puede ser tiempo de reparar la falta y Castaños, extrañado de que sus

La batalla de Tudela

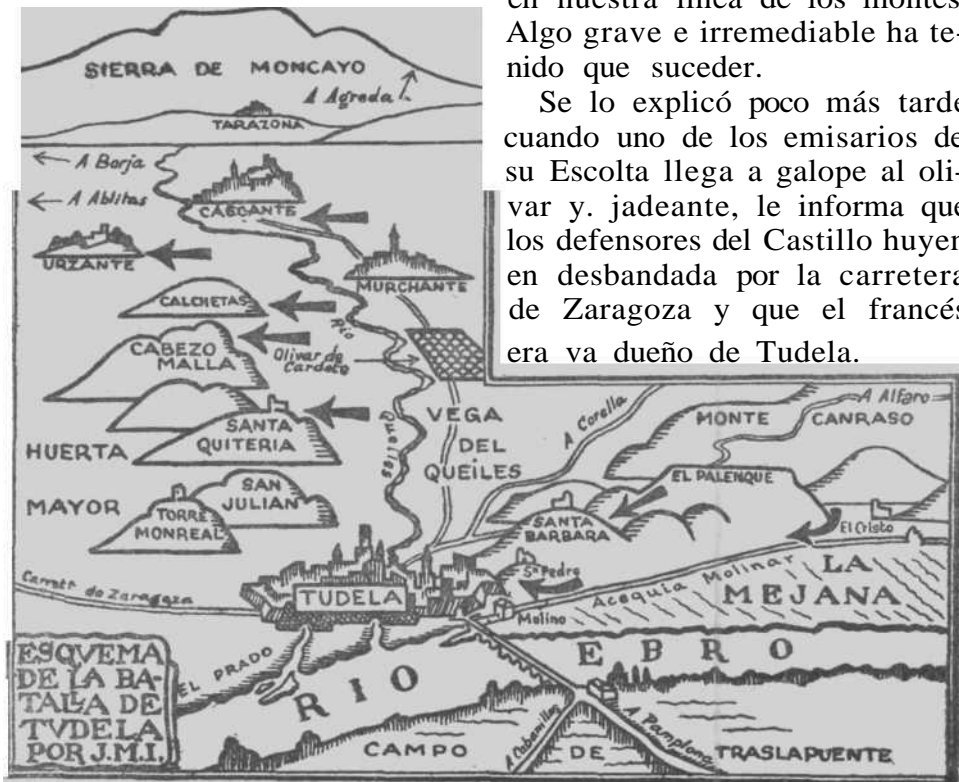
Divisiones de la izquierda no acudan a su llamamiento, y temeroso por su suerte, decide ir en persona a inyectar ánimos a Lapeña, y conseguir que en un supremo esfuerzo, ataque de flanco. Entre las dos y las tres de la tarde, acompañado de don Francisco Palafox, de su Estado Mayor y su Escolta, emprendía la marcha hacia Cascante.

Aquella decisión, tardía como todas las de esta trágica jornada, iba a poner a nuestro Mando en un trance de apuro.

Cuando Castaños y su séquito cabalgaban al abrigo de nuestra línea, creyendo que las tropas de Saint-March cubrían una loma que divisaban a su derecha, viéronse de improviso acometidos por un grupo de jinetes franceses. El general y sus acompañantes hubieron de apelar a la huida y consiguieron esquivar el peligro ocultándose en la espesura de un olivar cercano.

Castaños se apercibe con estupor de que Lefévre y su caballería han logrado abrir brecha en nuestra línea de los montes. Algo grave e irremediable ha tenido que suceder.

Se lo explicó poco más tarde cuando uno de los emisarios de su Escolta llega a galope al olivar y, jadeante, le informa que los defensores del Castillo huyen en desbandada por la carretera de Zaragoza y que el francés era va dueño de Tudela.



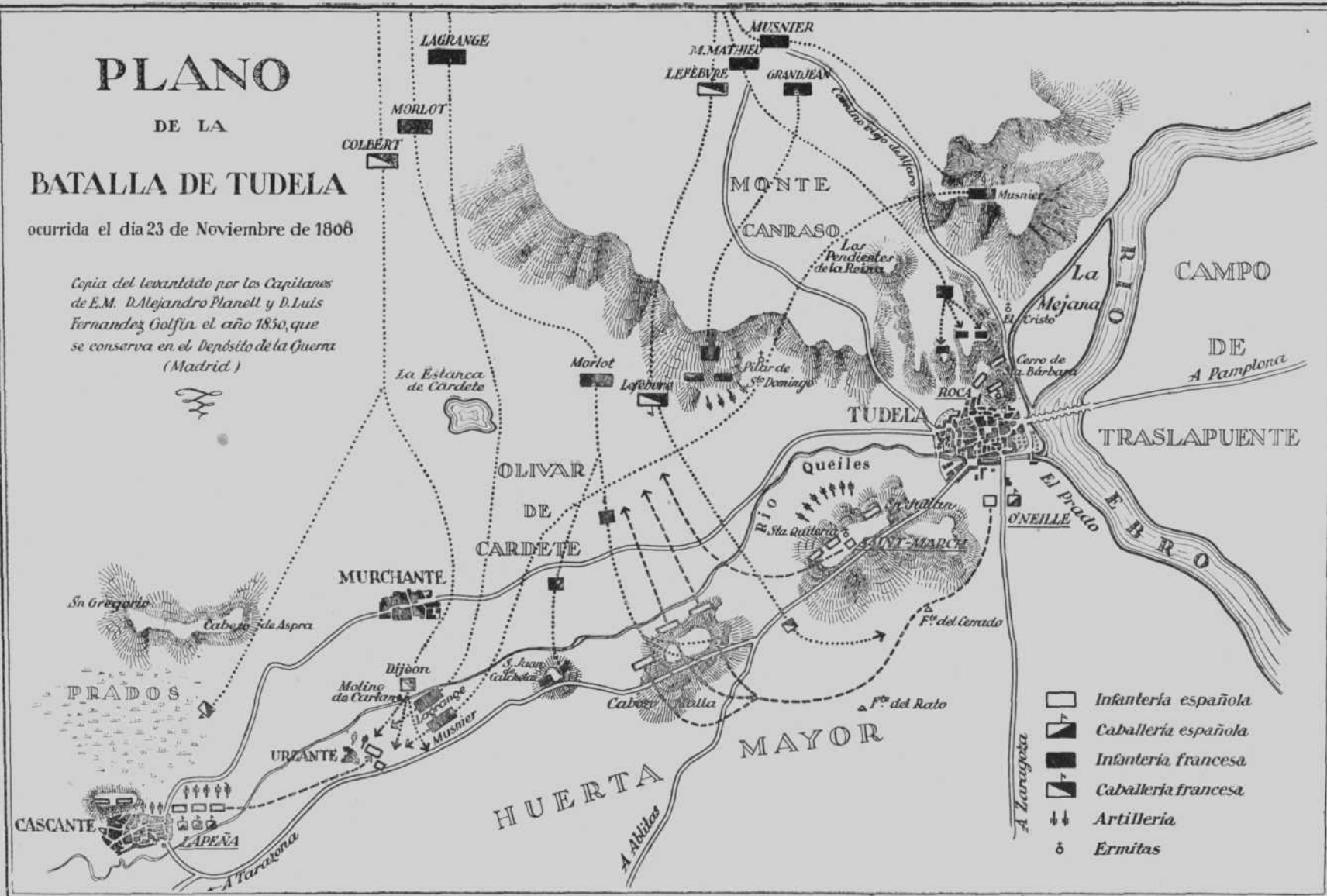
PLANO

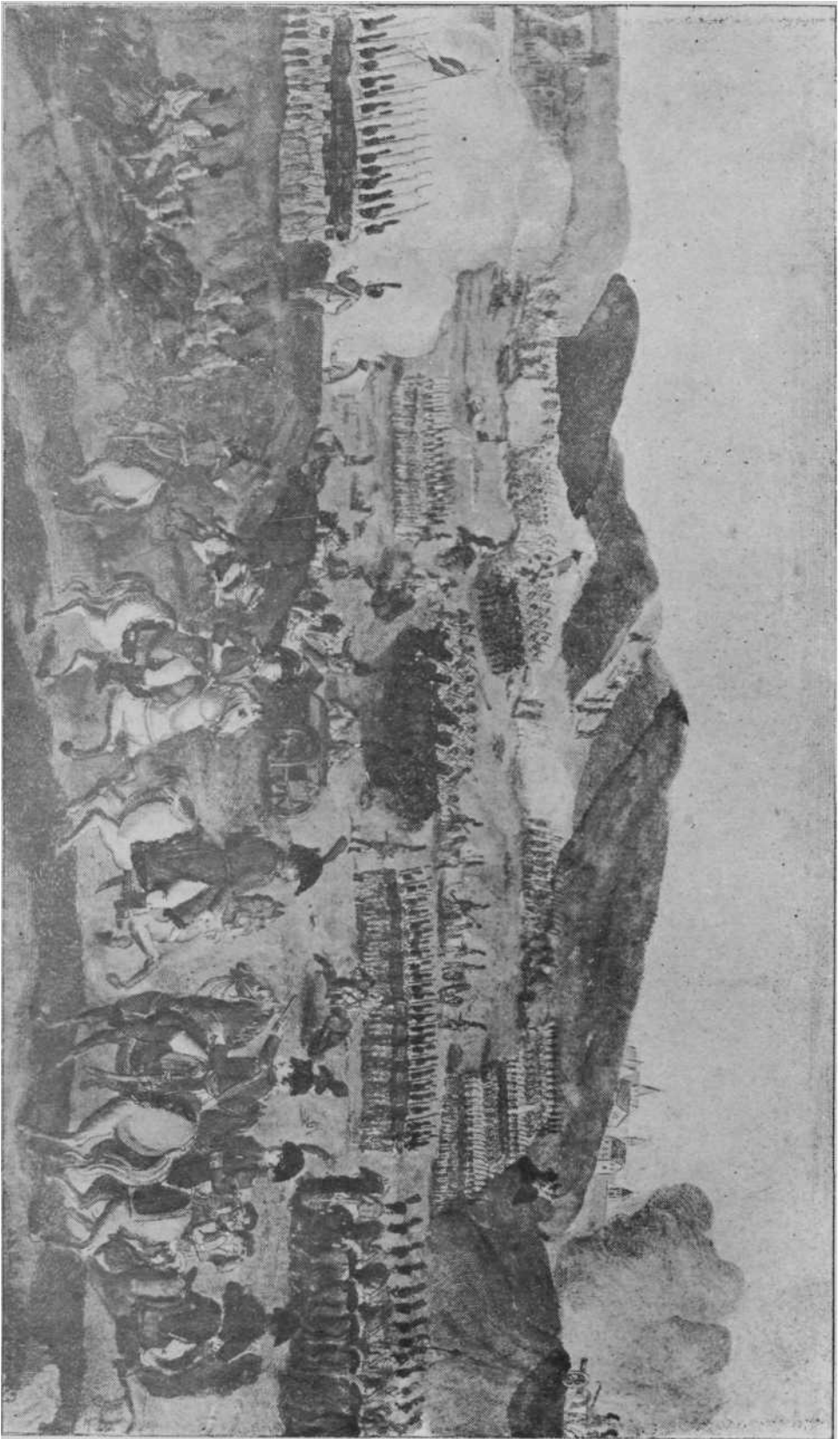
DE LA

BATALLA DE TUDELA

ocurrida el día 23 de Noviembre de 1808

Copia del levantado por los Capitanes de E.M. D. Alejandro Planell y D. Luis Fernandez Golfín el año 1850, que se conserva en el Depósito de la Guerra (Madrid.)





BATAILLE DE TUDELA

Todo estaba perdido. Poco después fueron llegando al olivar los primeros dispersos de la División Roca. Castaños, iracundo ante la deserción de aquella muchedumbre, trata de contener a los huidos, de organizarlos para una última resistencia. Todo inútil. Los franceses, que han roto nuestra línea por el centro, se desparraman por los campos y rondan ya las cercanías de su observatorio. La campiña resuena con sus gritos de triunfo. Unas fuerzas de caballería que nuestro general consigue reunir para rechazar a las del enemigo que le acosan de cerca, al aproximarse a éstas, volvieron grupas y huyeron descaradamente.

Por los campos, hasta donde alcanzaba la vista, se veía correr a los soldados, arrojando sus armas, fatigados, sin pizca de moral, en el más deplorable desconcierto.

Fué aquel el trance más amargo y cruel para nuestro general. El mismo se vió envuelto en la avalancha de la retirada, y, casi atropellado por el enemigo, escondiéndose a ratos y cambiando de ruta, pudo acogerse, ya de noche, a Borja donde se le reunieron Roca, Caro y O'Neill.

Antes de retirarse, O'Neill y Saint-March, realizaron prodigios de valor para neutralizar el desastroso influjo que la fuga de la 5.^a División causó en las tropas aragonesas, las cuales presenciaron desde sus puestos esta trágica fase de la lucha.

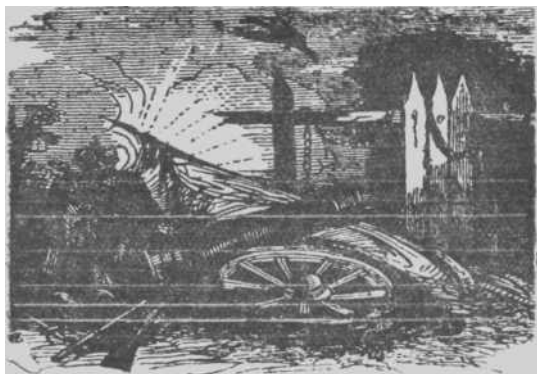
Pero el temor a verse cortados en su retirada por los de San Juan de Calchetas, por los que acaban de ocupar Tudela, y por una gran masa de caballería que consiguió colarse entre Santa Quiteria y Cabezo Malla (era Lefébvre con la caballería de Colbert y los lanceros de Polonia, seguramente los que sorprendieron al Estado Mayor de Castaños en su marcha a Cascante) les forzó a abandonar tan ventajosas posiciones.

Saint-March se puso al frente de la caballería de Numancia, y con ésta y el batallón de Valencia, fue resistiendo el empujón del enemigo hasta bajar al llano. Allí, a pesar de sus esfuerzos, sobrevino la desbandada. Eran las tres de la tarde. Sólo los voluntarios de Alicante capitaneados por su coronel Camps, siguieron retirándose con orden hasta el anochecer.

La mitad del ejército del Ebro está en plena derrota. Moncey, con las divisiones Mathieu, Morlot y Grandjean, ayudaban a la Caballería en la persecución y acuchillamiento de los huidos desde

la carretera de Zaragoza hasta los montes de la parte de Ablitas.

Lannes se ha quedado en el valle del Queiles con la división de Musnier y los dragones de Dijón para dar la batalla a los andaluces.



El Mariscal no olvida que estas tropas eran las que en Bailen cogieron a Dupont por la espalda y ante las cuales desfilaron los 20.000 vencidos.

Lapeña, el irresoluto Lapeña, se había decidido ¡por fin! a marchar de flanco. Pero lo hizo a deshora, a las tres de la tarde, cuando todo era inútil

y en las filas del enemigo se conocía el resultado de su ataque en Tudela. la conquista de la ciudad.

Lannes. al ver a los soldados de Lapeña desplegar por el llano lanzó contra ellos a los dragones de Dijeón, a fin de entretenerlos hasta que el tardano Lagrange llegara.

Era ya media tarde cuando Lagrange con sus 10.000 soldados atacó Urzante. partiendo del Molino de Cartán.

El asalto, en que participó la caballería, fue obstinado, furioso. Los atacantes, embravecidos por el triunfo de su ala izquierda, no querían ser menos que sus camaradas.

Pero los nuestros, cubiertos por el olivar, parapetados en el caserío, escarmentaron duramente a los que, bayonetas bajas, avanzaban en escalones muy nutridos y próximos.

Lagrange. que va en primera fila al frente del 25.º Ligero (viejo Regimiento de la batalla de Friedland), es herido en el brazo.

La caída del general, hizo que vacilase su caballería. Ya cantaban victoria los andaluces, cuando acudiendo gran golpe de infantería, se rehicieron los jinetes y se recrudció el asalto.

Con todo, solo cerca del anochecer consiguió el enemigo poner el pie en el pueblo y rechazar a nuestras tropas hasta Cascante,

en donde, reunida la división con las de nuestra izquierda, se replegaron juntas y ordenadamente sobre Borja (1).

Este episodio marcaba el fin de la batalla. Y así como en algunos atardeceres tristes, el sol, al tiempo de ocultarse, lanza un vivo y patético destello, así los andaluces de Lapeña, en el ocaso de la derrota, alumbraron el campo con un fuerte relumbre de heroísmo.

Llegados a este punto del relato, más de un lector preguntará: ¿Qué hicieron Grimarest y los de Tarazona? ¿Qué papel cumplieron a lo largo de este día funesto?

Grimarest, alejado del campo de la lucha, no sabe nada de lo que ocurre. Ha oído durante la mañana y en las primeras horas de la tarde el retumbar de cien cañones. Ignora hacia qué bando se inclina la victoria, y espera de un momento a otro la aparición de Ney por las barrancas del Moncayo. Castaños, a mediodía, le ha dado orden de acercarse a Cascante, pero este hombre en cuyas manos pone el destino una carta que pudiera equilibrar la partida, no se atreve a jugarla, no se decide a desplazar sus fuerzas por miedo a Ney.

A media tarde le informan del terrible descalabro. Se resiste a creerlo. No concibe, cómo ha podido suceder. Luego, tranquila-

(1) Thiers confunde Urzante con Cascante y dice que los "franceses atacaron y arrojaron a los nuestros de esta ciudad, lo que es totalmente inexacto. Lo mismo que atacaron Urzante no siguieron su avance y acamparon aquella noche en el olivar de la Cerrada.

En igual confusión de pueblos coinciden casi todos los escritores franceses. Véase, por ejemplo, el relato que hace de la batalla el doctor Leon Dufour, que asistió a ella:

Después de haber atravesado la miserable población de Alfaro, saqueada y vuelta a saquear, se oye pronto el cañoneo de Tudela delante de nosotros. La tropa, electrizada, redobla el paso. Al cabo de dos horas de rápida marcha, bien sostenida, llegamos al borde de una llanura donde la vista se extendía sobre las maniobras de la batalla, a una media legua de distancia. El general español Castaños había opuesto a nuestro avance un ejército fuerte: se decía que de 50.000 hombres. El nuestro no pasaba de 15.000. A nuestra aproximación, el enemigo, abandonó las alturas de Tudela; trataba de defenderse sobre una loma rodeada de ásperos barrancos y armada de cañones. Fué un espectáculo lúcido de emoción ver el asalto ejecutado por nuestros soldados y la huida de los españoles. Un fuerte duelo de fusilería con acompañamiento de cañón se había empeñado en los olivares de Cascante; pero duró poco tiempo y al ponerse el sol no se oía más que detonaciones sueltas, cada vez más lejanas. El ejército español huía hacia Zaragoza. Ocupamos Tudela el 23 de noviembre".

En términos aún más vagos se expresa el general Harispe al describir la acción. (Général Derré-gaix: "Le Maréchal de France Comte Harispe". París 1916, página 220, nota).

Por su parte el general Lassalle, en carta a su mujer, nos dejó esta descripción, lacónica, casi telegráfica, en la que es de notar el apelativo con que designa a nuestros soldados:

"Les espagnols ont été culbutés; l'artillerie prise; les carajos sont en fuite. Vive Dieu et l'Empereur. Je t'embrasse". (Marqués de Villa Urrutia: "Talleyrand" Madrid 1926, pág. 163, nota).

mente, sin enemigo que le acose, marcha a Cascante, y reunido con Lapeña, se repliegan a Borja.

Todavía menos se enteró su vanguardia, la que al mando del Conde de Cartaojal, estaba destacada lejos de Tarazona, en la ruta de Agreda. Cartaojal, esperó a Ney en vano durante todo el día. Ya de noche, se vió sorprendido con la orden de retirada.

Por disposición suya se voló un polvorín establecido en una ermita. Al oír los estampidos de la voladura, los soldados creen tener encima la artillería de los franceses. ¡Traición! —gritan— ¡Traición!; ¡Nos han vendido!, y todos huyen en atropello.

Sólo un hombre no sabe nada a la mañana siguiente de la victoria de Tudela, a pesar de encontrarse a pocas leguas de su escenario. Es Ney, que no ha acertado a interpretar las consignas del Emperador. Que por darle descanso a su ejército, ha perdido tres días preciosos en Soria; que a última hora se le ha ocurrido consultar al Cuartel Imperial si habrá de dirigirse sobre Calatayud o sobre Tudela.

Ney, el "valiente entre los valientes", el León Rojo como también le llaman los franceses por el color de su cabellera, ha perdido estúpidamente la mejor ocasión de aniquilar al aborrecido héroe de Bailen. Ha dado oídos al rumor popular que eleva el número de las tropas de éste a 80.000 soldados. Y ha tenido además —esto es cierto— miedo de España, temor de aventurarse con sus tropas por un país que él se figura feroz y pintoresco, lleno de frailes y bandidos, donde cada hombre es un traidor, y en cada sombra acecha la emboscada.



Por eso, cuando el día 26 llega a Tarazona se maldice, rabioso de sí mismo, temeroso de qué dirá el Emperador.

Napoleón no podrá perdonarle la culpa de no haber impedido la retirada de los españoles. Sus cartas en aquellos días manan

despecho contra el intrépido Mariscal que, en este trance, no supo hacerse acreedor a su confianza (1).

Tal es el desarrollo y el final de la batalla de Tudela, cuya tónica fué la angustia. Una batalla que tenía que perderse, pero que no debió perderse como se perdió. Una lucha desigual que se resuelve en poco tiempo, de la una a las tres de la tarde, y que tiene su punto álgido a las dos (2).

Podrá culparse de ella a Castaños, a Lapeña, a Grimarest., a Roca, a Palafox. Todos ellos se vieron obligados a defenderse. Cada cual trató de eludir su responsabilidad en el desastre. A Castaños le relevaron del mando para dárselo a Lapeña. Más tarde fué juzgado en Consejo de Guerra y absuelto (3).

Todos tuvieron parte en el revés sufrido: el Estado Mayor, los mandos subalternos, la tropa. Pero el mayor culpable, quizás el único culpable fue el Ejército de Napoleón que era el mejor del mundo. En Tudela nos derrotaron a los españoles como antes a los italianos y a los austríacos, a los prusianos y a los rusos.

"En esta acción —escribe el Brigadier Planell— quedó deshecho el Ejército de Reserva y menguado el del Centro en su 5.^a División, sufriendo luego el todo las consecuencias de una azarosa retirada".

(1) En carta de Napoleón a su hermano José fechada en Aranda el día 27 de noviembre d 1808, se dice:

"Si el mariscal Ney no se hubiera dejado imponer por los habitantes, y no hubiera permanecido el 23 y 24 en Soria, porque se imaginaba que los Españoles tenían 80 mil hombres y otras necedades, él debiera haber llegado el 23 según mi orden á Agreda y ni siquiera un hombre hubiera escapado".

(Memorias del Rey José' por A. du Cassé. 1.^a parte, pág. 321).

(2) El brigadier D. Alejandro Planell en su artículo "La Batalla de Tudela" publicado en el periódico "La Asamblea del Ejército" (Madrid 1857) señala entre los errores y descuidos de nuestro Mando: a) El no haber dado Castaños instrucciones a sus generales el día anterior; b) El hallarse las tropas revueltas en el interior de Tudela cuando se presentó el enemigo y desconocerse el mando supremo, pues Castaños confiaba en que las mandaba O'Neill, mientras que éste, ya empeñada la lucha, permaneció inactivo, esperando las órdenes de Castaños; c) el haber comprometido todos los efectivos en los primeros esfuerzos; d) el haber descuidado la ocupación de Cabezo Malla y el reconocimiento del olivar fronterero al extender nuestra línea; e) el no haber marchado Lapeña en dirección a Tudela y no haber ocupado Murchante, posición que hubiera impedido al francés atacar nuestro centro, y desde la cual hubiera podido aprovecharse el momento en que las tropas de Morlot huyeron, perseguidas por las nuestras, hasta el extremo del olivar. Por último el haber dejado libre la orilla derecha del Ebro y sin proteger el puente.

(3) "Castaños, agobiado por anteriores pense, irresoluto por lo contrariado, y desconfiado del acierto al verse entre gentes para él desconocidas, y tan poco dispuestas de tuyo a secundarle, no desplegó ai la actividad ni la energía que eran de esperar de su pericia y victorioso nombre". Esto dice Planell en su citado artículo.

Perdimos 26 cañones, multitud de carros de bagages, y los grandes depósitos de municiones y vituallas que había acumulado en Tudela el Gobierno (1).

Según Thiers nuestras pérdidas fueron de 40 cañones y 3.000 prisioneros, la mayor parte heridos. Esta última cifra es exagerada (2).

Sobre los campos de Tudela aparecieron al otro día de la batalla más de 1.500 cadáveres de ambos combatientes, a los cuales, según tradición, se les ó sepultura en el monte de San Julián, en las proximidades de la Cuesta de los Avellanos y en el monte del Palenque, hondonada del Depósito de aguas actual.

Los prisioneros españoles fueron concentrados en el Corral de Santa Clara, y repartidos luego en diferentes edificios, como el Convento de San Francisco que se habilitó para cárcel.

Los cañones los colocaron en la Plaza de los Toros, (hoy de los Fueros).

El Mariscal Lannes, agotado por el esfuerzo de la jornada, resentido de su reciente herida, quedó enfermo en Tudela.

Sus tropas, en la noche de su entrada, se entregaron a un saqueo general y feroz. El afán de rapiña contagió hasta a las clases superiores del Ejército, "pues pudo observarse —escribe don Mariano Sainz— que de muchas casas desaparecían cuadros antiguos y objetos de valor artístico incapaces de despertar la codicia del soldado". Por cierto que una de las viviendas saqueadas en aquella ocasión fué la del anticuario don Juan Antonio Fernández, de cuya biblioteca robaron libros de verdadero mérito que hoy constituirían preciosas joyas bibliográficas.

(1) Según el Journal de l'Empire del 6 de diciembre de 1808, perdimos 7 banderas y 30 piezas de artillería; 12 coroneles, 300 oficiales y 3.000 hombres fueron hechos prisioneros, y 4.000 españoles quedaron sobre el campo de batalla.

(2) En la "Relación de los principales sucesos ocurridos en Tudela desde el principio de la guerra de Bonaparte" que escribió Yanguas y Miranda, se dice que los prisioneros depositados en el corral de Santa Clara ascendían a poco más de mil. En Urzante sólo se hallaron 18 muertos de ambos partidos, y 22 heridos (dos de ellos franceses) en el hospital de Cascante. De las dos divisiones que entraron en acción en Tudela quedaron más de 500 heridos, de entre ellos 21 oficiales.

Schepeler consigna en su informe que "los españoles perdieron alguna artillería, pero pocos muertos y prisioneros, porque, a pesar de lo que digan los franceses, las listas de las divisiones valencianas y aragonesas prueban que el 30 de noviembre no les faltaban más de 2.000 hombres, siendo las que más habían sufrido"

En cambio los franceses, si hemos de dar crédito a sus boletines y estadísticas, tuvieron escasa» bajas 44 muertos, todos ellos de tropa y 513 heridos, entre ellos 21 oficiales. El coronel del 2.º Regimiento del Vístula resultó herido en el brazo. La más castigada fue la división Morlot (la que ocupó Cabezo Malla) que tuvo 21 muertos y 377 heridos, de ellos 17 oficiales. La caballería apenas sufrió pérdidas: 5 muertos de tropa y 14 heridos, con pérdida de 8 caballos.

El Convento de la Enseñanza quedó convertido en alojamiento militar. A este propósito escribe la madre Concepción Puig, vi-
viente en aquella época, que "contempló a muchos soldados en las
salas de recreación arreglando sus mochilas y caer de algunas,
cálices, patenas y otros objetos sagrados" (1).

PELEANDO en bandos opuestos, coin-
cidieron en la batalla de Tudela dos
hombres que, años después, llega-
rían a ser famosos generales.

Era el uno un soldadito de dieci-
nueve años, pálido, algo cargado de
espaldas, el mirar duro y un hablar
vasco, ceceante. Los sargentos, en
la hora de lista, tropezaban al leer
su apellido. Había venteado la pólv-
vora en el primer sitio de Zaragoza,
y luchó con denuedo en Tudela, seguramente en el sector de Santa
Bárbara. Con el resto de los aragoneses y de la 5.^a División entró
al día siguiente en Zaragoza, sufriendo como los demás la silba
que ,desde las murallas, dedicaron los valientes zaragozanos a los
vencidos, como reproche a su cobardía.

Aquel soldado se llamaba Tomás Zumalacárregui (2).

(1) Al odio que contra el invasor sentían todos los españoles ("pueblo de piojosos fanatizados por sus frailes", como decía despedido Napoleón), uníase en Tudela el aborrecimiento provocado por los saqueos y desmanes de la soldadesca, lo que hizo que la lucha contra el francés fuese una sorda lucha a muerte.

En la calle Alta del Cofrete núm. 3 se enseña, todavía un hondo pozo. El matrimonio que ocupaba la casa arrojó por él a un soldado francés que tenían alojado. La mujer, al día siguiente, se disfrazó de luto manifestando que era viuda y aseguró a los Jefes que ignoraba la desaparición de aquel. Gracias a tal ardid y al respeto que profesaban los extranjeros al estado de viudez, quedó exenta de responsabilidad.

Durante el dominio de los franceses, mientras más de 600 mozos tudelanos peleaban en batallón aparte bajo el mando de Espoz y Mina, las mujeres se dedicaban a salvar prisioneros por ser muchas las expediciones de éstos que pasaban por la ciudad. Consigna Yanguas a este propósito que "aprovechando el influjo que por su natural ejercían sobre el soldado francés, mezclábanse entre las filas de los que los custodiaban, se introducían en los conventos destinados a prisiones, iban a todos los sitios donde poder librar a un compatriota, y ora disfrazándolos con sus propios trajes femeninos, ya corrompiendo al centinela o separándolo de su deber con aspiraciones nunca satisfechas, o por cualquier otro hábil recurso, lograban sacar al español, al que conducían a su propia vivienda para ponerlo después secretamente en salvo".

Las Gacetas de aquella época elogiaron más de una vez la actuación de las tudelanas, y el Gobierno concedió una pensión a la que más se había distinguido entre ellas, una vieja sexagenaria llamada Antonia Caparrosa.

(2) El general D. Rafael Maroto, el del abrazo de Vergara, peleó en esta acción cuando era capitán del Batallón de Segorbe. Saint March cita su nombre con elogio en el parte de la batalla. El Batallón de Segorbe fué el que contribuyó a rechazar a los franceses de Cabezo Halla hasta el olivar de Cardete.

El otro era entonces un capitán de la escolta de Lannes apellidado Marbot.

Marbot nos cuenta en el libro de sus Memorias, aludiendo ai combate, cómo en él una bala perforó su cartera, y el incidente que, al comenzar la lucha, tuvo con el teniente Labedoyére.

Este oficial, hombre de genio brusco, montaba un caballo joven e indómito que, asustado por el ruido de los cañones, clavó sus patas en la tierra negándose a avanzar. Su jinete, harto de espolearlo, saltó, furioso de la silla y tirando de sable, desjarretó de dos mandobles al pobre bruto que cayó al suelo, por donde se arrastraba desangrándose de sus patas traseras.

Marbot recriminó tan duramente la mala acción de su camarada, que ambos hubieran llegado a las manos de no hallarse ante el enemigo.



Pronto llegó el suceso a oídos de Lannes, quien se indignó contra su oficial y declaró públicamente que éste no volvería a figurar ya más entre los de su escolta.

Labedoyére, desesperado, empuñó su pistola, resuelto a levantarse la tapa de los sesos, cuando el teniente De Viry le contuvo diciéndole:

—Más honroso que quitarse la vida, sería ir a buscar la muerte entre las filas españolas.

Momentos más tarde De Viry recibía del Mariscal la orden de conducir un regimiento de Caballería contra una batería española. Labedoyére se une a los que avanzan a paso de carga y se lanza, uno de los primeros, contra la batería, que fué cogida. Un casco de metralla había atravesado su gorra de pelo a dos dedos del cráneo.

Cuando Lannes vió a De Viry y a Labedoyére regresar juntos conduciendo el cañón del enemigo y advierte que este último se dispone a lanzarse de nuevo sobre las bayonetas españolas, le llamó junto a sí y perdonándole su falta, le devolvió su puesto en el Estado Mayor.

Los dos bravos tenientes tuvieron el honor de ser citados en el parte, y ascendidos días después.

El mismo autor que refiere esta anécdota fué quien el día 24 recibió de su Mariscal el encargo de llevarle al Emperador el Boletín de la batalla.

Napoleón tenía por costumbre ascender a todo oficial que le anunciase una victoria, visto lo cual, los Mariscales escomendaban estas misiones a aquellos de su escolta que deseaban ver ascendidos pronto.

Bonaparte no quería correos, que no sabían darle explicaciones y exigía Ayudantes de Campo. Más de 200 de éstos murieron o fueron hechos prisioneros durante la campaña por culpa del capricho imperial.

Precisamente, alguien que estaba junto a Lannes cuando se despedía de Marbot, le hizo ver el peligro que pudiera correr el mensajero al cruzar por la noche las montañas de Soria. El Mariscal le apaciguó:

—¡Bah; bah! ¿No ve usted que él ha de encontrarse con la vanguardia de Ney cuyas tropas están escalonadas hasta el Cuartel Imperial de Aranda?

A prima tarde, seguido de un pelotón de caballería, Marbot abandonó Tudela y llegó a Tarazona sin novedad. Desde allí, protegido por una regular escolta, siguió su marcha hacia el Moncayo.

Era una noche de luna clara. A las dos o tres leguas de camino, el primer susto: unos disparos en las sombras. La escolta explora las proximidades, pero no logra descubrir a los agresores. Poco después se encuentran con los cadáveres desnudos de dos soldados de las tropas de Ney que, al parecer habían sido asesinados hacía poco...

Más adelante (¡cosa horrible de describir! —dice el autor—) se presentó a su vista un cuadro espeluznante. El cadáver de un joven oficial colgaba, clavado de pies y manos, a la puerta de una alquería. La sangre, que aún brotaba de sus heridas, denotaba el suplicio reciente. Los asesinos no podían hallarse muy lejos.

Así era, efectivamente. No había transcurrido mucho tiempo cuando una alevosa descarga desbarató la comitiva. Los tiros procedían de un grupo de unos ocho españoles que se desperdigó por la montaña. Salen los húsares en su persecución y consiguen atrapar a dos de ellos. El uno era un paisano a lomos de una mula que llevaba (precisamente) los trajes de los soldados muertos. El otro (no podía fallar) era un capuchino (el odiado capucin de todos los autores franceses) que montaba, ¡oh casualidad!, el caballo del teniente crucificado. Los fusilaron inmediatamente y prosiguieron su camino en la noche.

A dos leguas de Agreda vislumbran unas fogatas como de vivac. ¿Serían de las tropas de Ney o de las españolas? Marbot manda hacer alto en espera de que amanezca y, apenas rayó el día, con un soldado por toda escolta, tuvo el atrevimiento de penetrar en la población.

Las calles aparecían totalmente desiertas y el suelo lleno de hojas mojadas que, según el autor, utilizan, después, como estiércol. Gracias a este alfombrado forestal avanzaban sin hacer ruido, cuando al cabo de la calle Mayor se toparon con cuatro Carabineros Reales de a caballo. Estaban en la boca del lobo. Los dos franceses emprendieron veloz huida perseguidos por los jinetes españoles. El jefe de éstos, que seguía de cerca a Marbot, le alcanzó en la cabeza con un golpe de sable. Ensangrentado y solo (pues el soldado se escabulló por otra parte) pudo ganar una calleja cuesta arriba, yéndole a los alcances el brigada. Entonces, nuestro heroico capitán, hace frente a su perseguidor; mide con él su acero, y tras de recibir varios sablazos, consigue herirlo y huye...

Cuando llegó a Tudela, Lannes le recibió lamentando sus desventuras y haciendo elogios a su valentía. El Boletín de la batalla, que supo conservar a través de sus luchas y peripecias, estaba tan manchado de su sangre, que alguien propuso al Mariscal copiarlo nuevamente y rehacer el sobre enrojecido. Lannes se opuso:

—De ninguna manera. Mejor es que el Emperador vea cómo el capitán Marbot ha defendido los despachos.

Ved, pues, de qué manera el Boletín de la batalla tudelana llegó a manos del Corso tinto en la sangre del primer mensajero, a quien podemos perdonar sus fantasías en gracia a este relato emocionante, digno de una novela de aventuras.

Todavía hoy, junto a la carretera de Tarazona, frente del Cementerio tudelano, aparecen huesos y salen calaveras del tiempo de la Francesada.

Es el último rastro, el recuerdo, macabro y perenne, de la batalla que se perdió.

Algunas de ellas muestran en el hueso el orificio del balazo mortal. Otras ríen con dientes desmochados, como si fuesen de veteranos que desgastaran su dentadura a fuerza de mordiscos al cartucho.

Las gentes dicen que todas ellas son de **franchutes**. Un sentimiento de patriotismo elemental y simple, les induce a creer que en aquella jornada las tropas del Emperador fueron víctimas de una espantosa sarracina.

José María IRIBARREN.

Pamplona, noviembre, 1941.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los datos del presente artículo están entresacados de las obras siguientes

- 1) M. A. Thiers. "Histoire du Consulat et de L'Empire", tomo IX.—París 1849.
- 2) Conde de Toreno. "Historia del Levantamiento, guerra y revolución de España". M. Rivadeneyra.—Madrid 1872.
- 3) José Gómez de Arteche. "Historia de la Guerra de la Independencia", tomo 3.^o—Madrid 1878.
- 4) Juan M. Priego López. "Cómo fue la guerra de la Independencia". Biblioteca Pax.—Madrid 1936.
- 5) Dr. José Muñoz Maldonado. "Historia política y militar de la Guerra de la Independencia", tomo 2.^o—Madrid 1833.
- 6) J. Yanguas y Miranda. "Relación de los principales sucesos ocurridos en Tudela desde el principio de la guerra de Bonaparte".—Archivo Municipal
- 7) Mariano Sainz. "Apuntes Tudelanos", tomos 1.^o y 2.^o—Tudela 1913. de Tudela.
- 8) General J. B. Marbot. "Memoires". Tomo 2.^o—París 1891.
- 9) Modesto Lafuente. "Historia General de España", tomo 5.^o

- 10) Brigadier Alejandro Planell. "Batalla de Tudela. 23 de noviembre de 1808". Artículo publicado en el periódico "La Asamblea del Ejército y de la Armada".—Madrid 1857, tomo II, págs. 73-90; 153-191; 293-311.
- 11) Antonio San Juan Cañete. "La frontera de los Pirineos Occidentales". Toledo 1936.
- 12) Dimitri Merejkovski. "Vida de Napoleón". Colección Austral. 1938.
- 13) Emil Ludwig. "Napoleón". Editorial Juventud.
- 14) Diccionario Espasa. Artículos sobre Ney, Lannes. Moncey, Castaños, Palafox. Saint March, etc.
- 15) Francisco de Paula Madrazo. "Historia de Zumalacárregui". Valladolid 1941.
- 16) Ezquerro del Bayo. "Retratos de la Guerra de la Independencia". Madrid 1935, tomo 2.^o.
- 17) José Ramón Castro. "Ensayo de una Biblioteca Tudelana". Tudela, 1933. Pág. 102
- 18) Ibieca. "Historia de los dos sitios de Zaragoza". Tomo 2.^o, nota 2.^a.
- 19) Francisco Javier Castaños. "Manifiesto dado en San Jerónimo de Buena Vista el día 6 de enero de 1809".
- 20) Gaceta extraordinaria de Madrid del miércoles 30 de noviembre de 1808.
- 21) Journal de l'Empire, mardi. 6 decembre 1808.
- 22) Parte de la Batalla de Tudela dado por el Mariscal de Campo don Felipe Saint March en Zaragoza el día 8 de diciembre de 1808.
- 23) "Plano de la Batalla de Tudela ocurrida el día 23 de Noviembre de 1808, reducido del levantado por los capitanes de Estado Mayor don Alejandro Planell y don Luis Fernández Golfín. Año de 1850". Depósito de la Guerra. Madrid.
- 24) Antonio Alcalá Galiana. "Recuerdos de un anciano".
- 25) "Libro de Actas Municipales del Ayuntamiento de Tudela". Acta correspondiente al día 18 de noviembre de 1808. (Archivo Municipal).
- 26) Enrique Cock. "Jornada de Tarazona hecha por Felipe 11 en 1592". Madrid, 1879.
- 27) General Derrécaigaix. "Le Maréchal de France Comte Harispe". París. 1916).
- 28) Marqués de Villa Urrutia. "Talleyrand. Ensayo biográfico". Madrid 1926.
- 29) A. du Casse: "Memorias y correspondencia política y militar del Rey José". Primera parte. Bayona, sin fecha. *
- 30) Pedro de Madrazo. "Navarra y Logroño". Tomo III. Barcelona 1886.
- 31) Hermilio de Olóriz "Navarra en la guerra de la Independencia". Pamplona, 1910.
- 32) José Yanguas y Miranda. "Diccionario histórico-político de Tudela". Zaragoza, 1823.
- 33) "Diccionario Larousse" y "Enciclopedia Italiana". Artículos sobre Lannes, Moncey, Ney, Lefévre Desnouettes y Marbot.
- 34) "Plano de Tudela. Año 1822". Impreso en Zaragoza.